

## NARCISOS O EXTÁTICOS

**Introducción.** Nos acercamos a la Cuaresma, un tiempo de gracia, un tiempo de descubrir todas las novedades que Dios le quiere aportar a nuestras vidas. Porque no partimos de la conversión de los «malos», yo no soy capaz de tener esa mirada sobre la humanidad cercana con la que camino cada día. Dios dice de nosotros «que somos muy buenos» (Gen 1,31). Qué somos hijos muy amados. Todas nuestras vidas intentan con sinceridad ponerse al servicio del Señor. Desde todos los ámbitos de nuestra vida, en lo laboral, en lo familiar, en lo afectivo, en los medios de espiritualidad, en los diálogos, en los gestos, en las palabras. Si nuestro punto de partida es la sospecha sobre lo humano, no estamos en la misma posición que la de Dios. Él, cuando nos dice: «conviértete y cree en el evangelio» (Mc 1,15), no nos lo está diciendo porque seamos malos. Lo que nos invita es a seguir caminando en la búsqueda de nuestra mejor versión. Porque nuestra vida es un proceso continuo. Siempre podemos crecer en las dimensiones que nos constituyen, en nuestra capacidad de estar atentos a la presencia de Dios. En la forma de tratar a los demás, con actitudes de escucha, de atención compasiva, de entrega generosa. Crecer en nuestra confianza, en nuestra intrepidez para salir de nuestros espacios de control y de confort y adentrarnos por los caminos del riesgo, de la creatividad, de la permanente novedad que nace del evangelio.

Es cierto que nuestras vidas se desarrollan diariamente en una lucha entre nuestro egoísmo y narcisismo, o nuestra capacidad de entrega y de gratuidad. Podemos vivir en el temor o en la confianza. En el prejuicio o en la acogida. En el consumismo de quien busca poseer las fuentes de la alegría, comprar objetos, experiencias, afectos y personas. O vivir como hijos que se disponen a recibir la vida que diariamente nos regala Dios. Nuestra vida recibe muestras de amor y de afectos, así como experiencias de soledad y de incompreensión. Recibimos valoraciones y desprecios. Sentimos que somos influyentes y respetados por ciertas personas, o experimentamos el olvido y el desprecio de otras. Esa vida tan cargada de trigo y de cizaña, de barro y de tesoro, de vida y de muerte, es la que nos invita a abrazar este tiempo de cuaresma. Abrazar agradecidos el presente, el ahora, con nuestras circunstancias, nuestra edad, nuestros logros y fracasos, nuestros errores y fallos. Porque estos que en realidad somos, es a los que Dios ama y llama.

**Lo que Dios nos dice. “El mismo Dios que mandó a la luz brillar en la tiniebla, iluminó vuestras mentes para que brille en el rostro del Mesías la manifestación de la gloria de Dios. Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús. Continuamente nosotros, los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así la muerte actúa en nosotros, la vida en vosotros.” 2 Cor 4, 6-12.**

Ese aprender a tener una existencia limitada no es motivo de tristeza, sino de alegría. Porque reconocernos limitados sería un sufrimiento inhumano, sino encontrásemos quién nos puede completar. Pero esos límites que nos constituyen, tienen alguien que es capaz de llenarlos y de plenificarlos. El vacío que deja la costilla de Adán, cuando Dios se la extrae para dársela a Eva, nos recuerda que somos incompletos. La buena noticia es que el otro, la otra, sí tienen eso que a mí me falta. Por eso una vida en relación, una existencia dialogar, es lo que nos muestra el camino de llegar a la plenitud. ES imposible experimentar la alegría individualista. No nos salvamos como individuos, sino como familia, como pueblo, como comunidad. Nos necesitamos todos de una manera esencial.

**“Acudid a mí, los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y os sentiréis aliviados. Porque mi yugo es blando y mi carga es ligera.” Mt 11,28-30.**

La Cuaresma es el tiempo que nos recuerda que somos polvo, que somos frágiles, que somos limitados. No es un dato que nos tiene que ensombrecer la alegría, ni provocarnos un estado de decepción. Es la invitación a activar la humildad, que es andar en verdad. Que un bebé se deprima por depender de su madre es algo que no concebimos. Pero que, en el resto de nuestra existencia, nos olvidemos de que seguimos siempre dependientes nos hace orgullosos y arrogantes. La cuaresma nos invita a despojarnos de seguridades, de falsas apariencias, con las maquillamos nuestra desvalidez. Y en nuestra desnudez nos dejemos cubrir por el manto de Gloria que es el amor de nuestro Dios.

**“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la liberación a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios; para consolar a los afligidos; para cambiar su ceniza en corona, su luto en perfume de fiesta, su abatimiento en traje de gala” Is 61,1-3.**

**Cómo podemos vivirlo.** Que la desnudez que nos avergüenza, que nuestros límites que nos entristecen, se conviertan en traje de gala, en motivo de alegría, pasa por dejarnos amar. Cuanto nos cuesta pedir, cuanto nos cuesta dejarnos amar. Siamo todos muy proactivos, motores de mil iniciativas, protagonistas de mil acciones solidarias. Pero depender, acoger, activar pasividades y pedir ayuda, a eso no estamos acostumbrados. Porque vivimos la mentira de que, si se descubren nuestras pobrezas, nuestro valor desciende. Si se nos ven las carencias y los fallos nos dejarán de amar. Ya no seremos merecedores del amor que nos rodea. Y eso es profundamente falso. No vivimos de acumular méritos, o puntos en un ranking. Vivimos por el puro amor de Dios que nos crea cada día, nos renueva la vida con todo su amor, y nos la mantiene por pura misericordia. Así que feliz Cuaresma.